

Amanda Labarca.

MEDITACIONES BREVES

PALABRAS ENVILECIDAS

LAS generaciones últimas las izaron como estandartes: virtudes cívicas, democracia, fraternidad, honestidad pública, libertad. Hoy, el muchacho las señala con una mueca irónica.

Hace treinta años, tremolaban aún henchidas de prestigio. Habían nacido entre sacrificios como símbolos de aspiraciones altruístas y de luchas de redención. Su hermosura cautivó a las masas y entonces los falsos pastores comprendieron que era un buen medio para medrar el disfrazarse con el manto magnífico de estas grandes palabras.

La VIRTUD—así, con mayúscula y vocingleramente—encubrió a veces mil formas de ruindad. Bajo el vocablo democracia, asomó en múltiples ocasiones sólo un innoble afán de prepotencia. Tras la fraternidad, siguieron los hombres mordiéndose como lobos. Los que más alto ondearon el oriflama de la honestidad pública, solieron traficar con sus conciencias y prostituir las ajenas. Muchos de los que voceaban libertad sólo la emplearon para dejar impune sus licencias.

Al pasar por el cauce de estas vidas, aquellas palabras se envilecieron.

¿Es fatal, sin embargo, es necesario a su esencia que estos grandes nombres concluyan por encubrir la hi-

pocresía? ¿Son rótulos sobrados de ambición y por lo tanto irrealizables?

Nacieron—como dijimos—de un afán altruísta, pequeño David ante los Goliats de los sistemas políticos absolutos en que la voluntad del monarca o del tirano constituía la suprema ley. Lucharon siglos con varia fortuna, hasta que en el XIX lograron victorias que parecían definitivas. Nuevas constituciones políticas y leyes de previsión social sellaron este triunfo. Mas, al mismo tiempo que se sobreponían a un enemigo se levantaba otro formidable: el capitalismo. Al entregar el poder-dinero en manos de unos pocos, creó nuevos amos, muchísimo más despóticos y absolutos que los reyes históricos, porque no tienen que dar cuenta a nadie del ejercicio de su poder. Amos que pagan bien los servicios del fuerte: fuerza del talento mercantil, de la técnica, del arte de servirse de los hombres y que no emplean la virtud ni el altruísmo sino cuando pueden someterlos al mejor interés de sus capitales.

Estos años han visto a la vez que el envilecimiento de las grandes palabras, la prepotencia mundial del dinero y la aparición, aquí y allá, de gobiernos tiránicos. Su coexistencia no es obra del azar.

No tendríamos fe alguna en el hombre ni en la vida, si no creyéramos que el camino de la humanidad conduce desde una barbarie que tuvo por ley sólo la fuerza bruta a una cultura en que los elementos espirituales de cada ser florezcan en toda plenitud. No importa que el advenimiento de tal cultura se halle todavía distante de muchos siglos, ni que sea condición del ideal realizado no satisfacernos, sino darnos alas para un vuelo más potente. Sabemos también que las grandes palabras—porque son signos de anhelo superiores—son concebidos por genios y luego popularizados al nivel del hombre común. Este es siempre inferior—lo somos todos—al ideal que portamos. Y

casi siempre carecemos de humildad para llevarlo. Es nuestro pecado mayor. No somos dignos de llevarlo, pero tampoco podemos renunciar a él.

El muchacho de hoy tampoco es ajeno a esta aspiración. No puede serlo, porque existe aún en el hombre más roído de egoísmo. Ha perdido la fe en las grandes palabras, porque las ha visto enfangadas. Eso es todo. Pero si no las emplea, ha de inventar otras que sean en esencia sus similares. Y tendrá sobre la generación pasada, una ventaja: la de saber qué enemigos se esconden tras su magnífico manto.